

guerra justa. Francisco Castilla Urbano trata en su contribución la Disputa de Valladolid y el debate entre Las Casas y Sepúlveda, una cuestión a la cual el autor ha dedicado varios trabajos. Mucho más novedoso es el capítulo «Caramuel on the Right of Discovery» en el que Daniel Schwartz muestra el análisis del cisterciense madrileño, quien aplicó los principios de su teología moral al examen de los efectos morales del descubrimiento: «under this theory –señala Schwartz– discovery is narrowly conceived as an act of primarily purposeful detection, to be distinguished from the more expansive conceptions of discovery, which includes physical occupation or symbolic taking of possession» (p. 269).

Seguidamente, Felipe Castañeda analiza el problema del dominio perpetuo en la obra de Solórzano Pereira: por un lado, parece que se justifica el dominio mediante el bien mayor que supone la cristianización de los infieles, mientras que, por otro, se dan otros argumentos, más sutiles quizás, para retener ese dominio –que hubiera podido ser meramente temporal– de forma indefinida.

En un libro de estas características no podía faltar un capítulo sobre la esclavitud: en este caso, son Luis Perdices de Blas y José Luis Ramos Gorostiza quienes trazan una rápida panorámica de los argumentos sobre la esclavitud natural partiendo desde Aristóteles y llegando hasta Molina, pasando por Vitoria, Albornoz, García, Tomás de Mercado...

Concluye la obra con el capítulo de Beatriz Fernández Herrero, en el que se analiza el Nuevo Mundo, desde la perspectiva de la utopía, tal y como se subyace ya en la interpretación de los viajes de Colón. Sin embargo, teoría y práctica, como puede verse desde los encomenderos hasta las reducciones jesuíticas, guardaban un frágil equilibrio. El análisis de la historiografía de la época muestra que los ideales de evangelización y el respeto por la dignidad de la persona, por un lado, y la realidad jurídica y política, por otro, anduvieron siempre en una permanente tensión.

El juicio global que puede hacerse sobre esta obra es, sin duda, positivo. El editor subraya algunas de las carencias y límites que tiene, e incluso señala que las particularidades de Portugal podrían dar lugar a un «Companion to Portuguese Imperial Theory» (p. 13).

Quizás hubiera valido la pena que Tellkamp hubiera ampliado un poco la introducción y mostrar los diversos argumentos para defender que la «Monarquía hispánica» era un auténtico «Imperio Hispánico», frente a quienes niegan ese carácter imperial. De la lectura del libro se desprenden sin dificultad las tesis de fondo y es comprensible que Tellkamp haya optado pudorosamente por no escribir un capítulo y limitarse a su tarea de editor.

Buena parte del mérito de la obra estriba en haber seleccionado satisfactoriamente, pese las inevitables omisiones, a los colaboradores, que son, en general,

investigadores de gran fuste. El equilibrio entre historiadores, filósofos, politólogos, economistas y juristas es muy notable. Asimismo la diversa procedencia de los autores (de ambas orillas del Atlántico, así como la proporción de hispanos y no hispanos) es muy laudable.

En tantas ocasiones en un *Companion* se camuflan las Actas de un Congreso, con investigaciones del todo heterogéneas, o bien están escritas desde una unilateralidad (anglosajona, por lo general) que desconoce lo publicado en las demás lenguas. En el caso que nos ocupa, se trata de lo contrario: un libro bien organizado, sensible a los diversos puntos de vista, atento a los grandes temas, y con alguna incursión novedosa (como el estudio sobre Caramuel...) Cabe, pues, felicitar a los autores por esta contribución útil e instructiva, que pone al alcance de todos los lectores una síntesis actualizada de un debate de no poca enjundia.

**ROSANVALLON, P., *El siglo del populismo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020, 264 pp.**

Álvaro Ramón Sánchez  
*Universidad Complutense de Madrid*



**E**l *siglo del populismo* es la última obra del historiador francés Pierre Rosanvallon, una figura muy reconocida en el estudio de la democracia contemporánea. En ella, Rosanvallon profundiza en el análisis del populismo, uno de los conceptos de moda en la ciencia política, pero también uno de los más disputados. No es la primera aproximación del autor al fenómeno, pues ya le había dedicado un capítulo en *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza* (2006), pero sí la más completa.

El libro está dividido en tres partes principales: «Anatomía», «Historia» y «Crítica». En la primera, Rosanvallon expone los elementos constitutivos de la cultura política populista; en la segunda, traza el desarrollo histórico del populismo; y en la tercera, realiza una valoración que pretende ir más allá de las críticas habituales. Además, incluye una introducción en la que explica esta triple intención, una conclusión en la que elabora su alternativa al populismo y un anexo sobre la historia del término.

Cualquier trabajo sobre un concepto político, en especial si tiene una naturaleza polémica como en el caso del populismo, debe comenzar por una caracterización del fenómeno, lo que Rosanvallon realiza identificando los que para él son los «cinco elementos constitutivos de la cultura política populista»:

-Como concepción del pueblo, el populismo supera el «pueblo-cuerpo cívico», atrofiado por mala representación, y el «pueblo social», inhallable sociológicamente en la actualidad, para apelar a un nuevo «pueblo-Uno» identificado negativamente como aquellos que no son élite.

-Como teoría de la democracia, el populismo busca una regeneración del modelo liberal-representativo a través de una democracia directa, polarizada e inmediata.

-Como modalidad de representación, el populismo pretende sustituir a los partidos políticos por movimientos en los que un individuo se constituye en «hombre-pueblo» o «líder-órgano».

-Como política y filosofía de la economía, el populismo aboga por el nacional-proteccionismo como defensa de la soberanía frente a la globalización.

-Por último, como régimen de pasiones y emociones, el populismo ha logrado captar la importancia de las emociones en la política.

Una de las grandes aportaciones de Rosanvallon al estudio del populismo es sin duda la cantidad de conceptos que acuña para caracterizarlo. Esta lista puede servir de base para cualquier trabajo sobre el populismo, aunque sea cuestionable que alguno de los rasgos sea exclusivo de este fenómeno o común a todas sus manifestaciones. Rosanvallon cierra esta caracterización constatando que el populismo no se manifiesta en la realidad como tipo ideal sino en formas particulares, y elabora una triple distinción: entre atmósfera populista y populismos, entre movimientos y regímenes populistas y entre populismo de derecha y de izquierda.

La segunda parte del libro recorre la historia del populismo. Rosanvallon se remonta a mediados del siglo XIX para identificar a Luis Napoleón –Napoleón III– con varios de los rasgos del populismo descritos anteriormente: el recurso al plebiscito, la encarnación del «hombre-pueblo», el rechazo a los cuerpos intermedios y la polarización democrática. El siguiente episodio histórico de populismo lo encuentra en dos movimientos que aparecen como reacción a la primera crisis de la democracia: por un lado, el *People's Party* del Medio Oeste de Estados Unidos; y, por otro lado, el «boulangismo» en Francia. Sin embargo, la consolidación del populismo comienza en Latinoamérica hacia mediados del siglo XX con las figuras del colombiano Jorge Eliécer Gaitán y el argentino Juan Domingo Perón, dos líderes calificados como populistas a falta de etiquetas que encajen mejor con movimientos que no eran propiamente capitalistas ni socialistas en sentido económico, ni democráticos ni totalitarios en sentido político. Los representantes más destacados del populismo latinoamericano del siglo XXI, como Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa, serían sus herederos políticos.

A continuación, Rosanvallon dedica un capítulo a la relación entre populismo y democracia, enunciando las cuatro paradojas irresolubles o «aporías estructurantes» de la democracia –el pueblo inalcanzable, los equívocos de la democracia representativa, los avatares de la impersonalidad y la definición del régimen de igualdad– y elaborando una tipología de estilo aristotélico con las tres familias de «democracias límite» –minimalistas, esencialistas y polarizadas– y sus tres versiones radicales –oligarquía electiva, totalitarismo y «democradura»–.

La tercera parte del libro es la crítica de Rosanvallon al populismo tanto teórico como «real». En primer lugar, el autor identifica los puntos ciegos del referéndum, aunque justifica su uso como ratificación constitucional o para «cuestiones claras y cotidianas». En segundo lugar, advierte de la relación entre populismo y democracia como absolutización de la legitimación por las urnas, lo que transforma la democracia liberal en una versión polarizada. En tercer lugar, rechaza la degeneración del «pueblo-cuerpo cívico» en «pueblo populista» o del 99%, constituido negativamente contra el 1% de la élite. Por último, Rosanvallon denuncia la mutación del populismo en democradura a través de la irreversibilidad, la polarización institucional y la radicalización.

El objetivo del libro es, en definitiva, acotar el significado del concepto populismo para tratar de facilitar su comprensión en un momento en el que está ocupando el centro del debate político en cada vez más países. La complejidad del populismo permite que cada autor lo defina y valore de diferente manera: como ideología, estrategia, retórica... Por su parte, Rosanvallon considera que el populismo es una ideología no desarrollada conscientemente por sus defensores para aprovecharse de su indefinición, por lo que él la concreta en una ideología iliberal y tendencialmente antidemocrática, una forma límite de democracia polarizada que amenaza con derivar en democradura. Rosanvallon solamente le reconoce consecuencias positivas en la experiencia estadounidense de principios del siglo XX, probablemente condicionado por la historia y por la situación política actual en su país, donde el populismo ha sido más fuerte en toda Europa. De hecho, Rosanvallon identifica tal cantidad de ejemplos de populistas franceses, desde Robespierre a los chalecos amarillos, que resulta más apropiado preguntarse quién no ha sido populista en la historia política francesa.

Por último, Rosanvallon afirma que el populismo tiene un futuro «tan brillante como preocupante» y lo considera en el propio título del libro la ideología del siglo XXI, lo que quizás sea un poco precipitado. Es cierto que el populismo ha experimentado un auge durante la última década en Europa y América, pero de ahí no se deriva necesariamente que el siglo XXI vaya a estar dominado por el populismo, por lo que se puede interpretar más bien como una advertencia. En cualquier caso, es muy interesante la alternativa que propone en la conclusión, consistente en

una refundación democrática que supere la crisis de representación multiplicando sus modos de expresión, procedimientos e instituciones, como la consulta, la información, las peticiones, la rendición de cuentas o el sorteo. Es decir, no se trata de una defensa del orden

existente, sino de combatir abiertamente al populismo con sus propias armas, con más democracia. El resultado de esa refundación, por continuar con su aportación conceptual, sería una «democracia interactiva», «de ejercicio», «de apropiación» y «de confianza».